

DON JESUS DE MONASTERIO

NOVISIMOS APUNTES BIOGRAFICOS

POR

JOSE SUBIRA

Prólogo

ENTRE los numerosos manuscritos que enriquecieron mi archivo particular hay unas extensas Memorias escritas por D.^a Antonia de Monasterio. Esta dama era hija de D. Jesús, el artista montañés que brilló como violinista, concertista, director, compositor y como didáctico sumamente docto, y sus cuartillas acogieron con fervorosa ternura cordial múltiples noticias de positivo interés histórico, si unas conocidas ya, otras absolutamente inéditas.

Convenía divulgar todo ello tras una reelaboración cuidadosa, y esto es lo que me propuse hacer yo, imponiéndome unas normas previas a la vista de tan útil material. Ante todo asenté un meditado plan expositivo y realicé una severa ordenación sistemática. Además emprendí una cuidadosa revisión estilística, anoté oportunas aclaraciones sobre aspectos algo oscuros, introduje las debidas ampliaciones atañentes a importantes aspectos biográficos e incorporé datos cronológicos para situar debidamente algunos acontecimientos dignos de nota. Eso sí, conservé las adjetivaciones, tanto favorables como adversas, al referir determinados hechos o enjuiciar la conducta de ciertas personas, pues las calificaciones asignadas en cada caso por esa pluma femenina, todo claridad y sencillez, atendían más a la exposición escueta de la verdad que al cultivo de la adulación, la hipocresía, la mordacidad o el eufemismo engañosos, por saber que las biografías, como las historias, deben ser ante todo veraces, pues de lo contrario lo mejor fuera no escribirlas.

Facilitadas con todo ello mis tareas preparatorias, cedo la palabra, por decirlo así, a la respetable señora D.^a Antonia de Monasterio.

I. *La vida espiritual de Monasterio*

Mi llorado padre había nacido en 1836 y desde que lo perdí se presenta siempre ante mí como la imagen de la Bondad. Se distinguió siempre por su inquebrantable amor a Dios y al prójimo, por su protección a los débiles, por su generosidad para los desvalidos, por su sencillez y por su modestia, no obstante la admiración con que se le distinguió desde los años infantiles, pues era un singular niño prodigio.

Para él sólo contaban las cuestiones de sentimiento. Las percibía con gran intensidad y no podía comprender las crueldades de algunos seres humanos. Dada su extraordinaria sensibilidad, le afectaban vivamente las penas de los demás a la vez que gozaba lo indecible ante las alegrías ajenas. Hallándose cierta vez en Escocia no pudo ver con serenidad como sufría un perro que llevaba clavada una navaja en una de sus patas y de tal modo sintió ese dolor como cosa propia que se desmayó en presencia de aquel animal desconocido.

Le anonadaban las desgracias de familia, y aunque siempre le daba resignación cristiana su profunda religiosidad el dolor traspasaba su corazón atribulado. Por eso, al perder una niña de cuatro años, encaneció en pocos días.

Por una de estas crueldades que suelen recaer sobre los artistas, unos días después de fallecer su hijo Jesúsín se vio obligado a tomar parte en un concierto esperadísimo. El programa incluyó una de sus obras favoritas: aquel *Quinteto en sol menor* escrito por Mozart bajo la impresión que le había producido la muerte de su madre. Cuando llegaron al "Andante" de este *Quinteto* mi padre no pudo contenerse más, se echó a llorar inevitablemente y también lloró su stradivarius durante la duración del número aquel. Nunca tocó mi padre esa obra como ese día; y algunos oyentes al verlo tan acongojado no pudieron contener sus lágrimas.

En muy diversas ocasiones y por muy variados motivos mostró ser un alma caritativa. En 1860 su gran amiga Concepción Arenal fundó en Potes, donde a la sazón tenía su residencia, la Sociedad de San Vicente de Paúl para mujeres y tres años después la fundó allí mi padre para los hombres.

Sumamente espiritual, jamás le dominó la pasión por el dinero. Dado su desinterés, siendo muy jovencito renunció a la parte de su herencia en favor de su hermana Anita, nacida después de haber muerto su padre, y que era muy pequeña aún. En cierta ocasión le mandaron desde Buenos Aires un contrato firmado, pero en blanco, para que él mismo fijase el número de conciertos que quisiera dar y la cantidad de pesetas que desease recibir por sus actuaciones, cuyo contrato volvió a la República Argentina con los huecos en blanco y doblado por los mismos dobleces.

Nunca le atrajo la política ni le produjo la menor simpatía, porque ella era todo habilidad y mi padre era todo sencillez. Sin embargo, estaba en muy buenas relaciones con políticos de varias tendencias, entre ellos el ministro D. Lorenzo Arrazola, cuya hija Clara tenía un estilo epistolar tan bonito que la utilizó él como secretaria mientras ocupó aquel puesto ministerial. Cuando él murió sus hijos, para demostrar a mi padre el cariño del suyo hacia él, le regalaron la placa de la cruz de Isabel la Católica, y mi padre la usó siempre aunque tenía otra muy buena con que ya le había obsequiado la Sociedad de Conciertos.

También poseyó mi padre una valiosísima batuta de ébano con los cabos de oro repujado que la Reina D.^a Isabel había donado a su profesor de canto D. Francisco Valldemosa y que a su muerte pasó a mi padre por disposición testamentaria. Dada su sencillez, nunca la usó en los conciertos sinfónicos, por cuanto para él las cuestiones de sentimiento eran lo principal, y dirigía con una insignificante varita que le había regalado mi madre. Sin embargo una noche que la Sociedad de Conciertos, dirigida por él, dedicó la sesión a Beethoven mi padre, para contribuir sentimentalmente a ese homenaje, actuó por primera y última vez luciendo aquel arco cuyo puño estaba adornado con brillantes.

En 1893 quiso contar con él la Diputación de Santander para que pusiera música a un canto regional montañés con letra de José María de Pereda. Para ponerse ambos de acuerdo fue una tarde mi padre a Polanco, donde residía ese gran novelista, y le acompañó mi madre, que había sido compañera de estudios de la esposa de éste en Francia cuando mis abuelos maternos estaban desterrados por causa del carlismo, y tal vez la familia

de aquella señora había estado allí por igual causa. Cuando llegamos a Polanco aquella señora había salido, y Pereda, para entretenerme, dio un palmetazo, a cuyo ruido apareció una bandada de palomas blancas escondidas en un gran macizo de hortensias rosas y se puso a revolotear sobre nosotros. Aunque tan bonitas palomas parecían anidar en una casa llena de felicidad, cinco días más tarde presenciaron la tragedia de aquella familia que amargó los últimos años del gran escritor montañés, causando a mi sensible padre profundísimo dolor todo aquello.

Ahora tres anécdotas en relación con la familia real que le había mostrado a mi padre tanto afecto sin que él hubiera sido nunca un cortesano adulator.

Invitado un día por el Monarca D. Alfonso XII para dar un concierto en el Palacio Real, cuando el Monarca lo consideró oportuno dispuso que empezara ese concierto. Mi padre tomó en seguida el violín, pero no empezó a tocar. Creyendo el Rey que no había comprendido la orden, volvió a repetirla; pero entonces él—tan afecto a la familia real como poquísimos palaciegos—dijo con toda naturalidad: “Es que espero a que Su Majestad termine de hablar.” Y el Rey se calló.

Saludaba mi padre a la Infanta D.^a Isabel en los entreactos de la Sociedad de Cuartetos y durante el tiempo dedicado al descanso hacían comentarios sobre las obras interpretadas y las que habrían de interpretarse a continuación. A tan ilustre dama no le pasaba inadvertido nada y una noche en cuanto se le acercó mi padre le preguntó: “¿Quién le ha regalado a usted ese arco tan bonito?” Oyó esta inesperada respuesta: “La Princesa Z”; tras lo cual declaró la Infanta: “Pues más le valdría pagar sus deudas.”

Como jamás había acudido mi padre a los políticos influyentes en beneficio propio y como no era de su cuerda el arte de intrigar, quedó sorprendido la mañana en que le mandó llamar la Reina D.^a María Cristina para entregarle ella misma el nombramiento de Director del Conservatorio.

Así era mi padre, al que siempre recuerdo como una imagen de la Bondad.

II. *Sus parentescos y sus nupcias*

Cuando el Arte sólo había tejido coronas de laurel para mi padre amadisimo la Vida se encargó de prepararle las primeras espinas valiéndose del Amor.

Mi abuela materna fue una dama virtuosa de gran austeridad, pero también muy severa, muy enérgica y de aquellas personas que no rectificaban nunca. Gustosamente había visto la boda de José Rávago —que era el mayorazgo de su casa y además caballero calatravo— con Anita, la hermana menor de mi padre, la cual fue muy buena, muy guapa y más tarde muy desgraciada; pero cuando mi padre pretendió a la que habría de ser mi madre, aquella dama se negó en absoluto a aceptarle como yerno. Convencida de buena fe que ser gran artista era poca cosa, fracasaron cuantas reflexiones le hacían para sacarla de su error. Jamás reconoció el derecho de mi madre a disponer libremente de su corazón para entregárselo a un violinista, por lo que aquel pretendiente se encontró en la alternativa de tener que renunciar a su Arte o al cariño de aquella joven. Ante estos dos amores le faltó a él valor para renegar de uno de ellos; y ante la inflexibilidad de mi futura abuela, el menospreciado artista, para poder casarse, se vio precisado a depositar a su enamorada en el respetable hogar de D. Jerónimo de la Parra, suegro del Marqués de la Viesca.

No cedió mi abuela tampoco ante los hechos consumados, y por fin perdonó a mi padre unos días antes de mi nacimiento. En su casa invernal de Santander vine yo al mundo, trayendo la divina y dulce misión de reconciliar a esta abuela mía con mi padre.

Poco después de retratarse mi padre, llevando el uniforme palatino, con su madre y su hermana Regina, que era mayor, mi abuela Isabel comenzó a dar señales de perturbación mental.

En la provincia de Santander se alza el pintoresco y lindo pueblo llamado San Vicente de la Barquera. Tiene por patrona a la Virgen de la Barquera, cuyo santuario se alza entre mar y tierra, como si significase que la Virgen posa una mano sobre el agua para bendecir a los

pescadores y la otra sobre la tierra para bendecir a los moradores de aquella localidad. Para veranear fue a este Santuario mi tía Anita cuando se encontraba en “estado bendito” —como se decía entonces—, para vivir junto a la Virgen durante los últimos meses de su preñez y colocarse bajo aquel amparo celestial. Allí, una mañana, creyéndose pobre y por-diosera mi desventurada abuela Isabel, arrojó al mar, desde la solana de la casa, todo su dinero, que conservaba en monedas de oro.

Pasados unos días tan sólo nació prematuramente una niña que sería muy bonita si su cara hubiera podido reflejar inteligencia, pero fue una criaturita anormal y, como en el caso de la bella africana, jamás se la pudo ver reír ni llorar. Y aquella niña falleció muy pronto. El inmenso dolor de la madre traspasó su alma y de tal forma repercutió en el corazón de mi padre que ni a los extraños podía ver sufrir sin conmoverse por la gran ternura que le inspiró su hermana.

Como había nacido en el mismo Santuario de la Barquera es por lo que a aquel ser infeliz se la llamó Barquerina. Para honrar su memoria y mostrar su compasión a la desolada madre, mi padre encargó a su gran amiga Concepción Arenal que le escribiese una cantinela, a la cual pondría música él mismo. Así brotó, en el otoño de 1863, aquella salve tan sentida como bonita que sus autores titularon *Desconsuelo de una madre* y que dice lo que aquí copio:

I

Hija del alma querida,
la que tanto amor recibes,
¿cómo vives
tú que has nacido sin vida?
Te abracé
muda, yerta.
Casi muerta
te lloré;

y al verme en congoja tanta
dije a la Virgen María:
«¡Sálvamela, Madre mía!»,
y me oyó la Virgen Santa.

Duerme, hija mía,
no hayas temor.
Duerme, que vela
por ti mi amor.
Nunca te duermas
para olvidar...
Nunca despiertes
para llorar.

II

La Virgen de la Barquera,
allá en el mar solitaria,
tu plegaria
ha de escuchar la primera.

Habla y di:
«¡Virgen mía!,
¿qué sería
yo sin tí?»

Lo que me has hecho penar
no atormente tu memoria,
sueña que estás en la gloria
y ves ángeles pasar.
Duerme, hija mía, etc.

III

Al contemplarte dormida
con rostro puro y risueño,
¡cuánto sueño,
prenda de amor bendecida!
Tú me das
gloria al verte
y en la muerte
dormirás...

¡Ay!, la Madre de consuelo,
que al nacer salvarte pudo,
sea en el mundo tu escudo
y al morir te lleve al cielo.

Duerme, hija mía,
no hayas temor.
Duerme, que vela
por ti mi amor.
Nunca te duermas
para olvidar...
Nunca despiertes
para llorar...
Un angelito
me la arrulló;
hablad quedito
ya se durmió.

Acuérdate, vida mía,
de aquel que te quiere tanto
y este canto,
aunque está lejos, te envía.

Alma fiel,
de paz llena,
sé tú buena
como es él.

Si tu vida toda entera
se pareciese a su historia
te recibirá en la gloria
la Virgen de la Barquera.

El día en que Barquerina hubiera cumplido un año de edad se celebró en aquel Santuario una misa, improvisando mi padre toda la música, que cantó él mismo acompañándose de un armonio, y finalmente entonó esta “salve” con letra de Concepción Arenal.

Tras aquel desastre familiar sufrió mi padre otra catástrofe tremenda. Dado el deplorable estado mental de mi abuela Isabel fue necesario recluirla en Valladolid, como unos años después, por igual causa, fue preciso recluirla a mi tía Anita en Palencia, y precisamente en el mismo sitio

que siglos antes había sido solar del Cid. Y mi padre fue casi tan desgraciado como la Reina Católica, la cual tuvo locos a su madre, su hermana y su cuñado.

Sería necesario amar a la propia madre como adoró él a la suya para comprender la inmensidad de su dolor. Era tanto este dolor que ni su amor a mi madre, tan sentido por él como compartido por ella, fue capaz de arrancarle del alma una tristeza que siempre llevaría en el porvenir; y aunque la disimulaba ante los extraños, sus familiares la conocíamos muy bien.

III. *Su amistad con notables damas*

Contó mi padre con excelentes amigos en el mundo intelectual, pero a mi entender nada muestra mejor la delicadeza de sus sentimientos como las amistades que supo sentir e inspirar a mujeres exquisitas y a las que sólo un ser privilegiado como él podía conservar un cariño inalterable a esas damas, sin que las pudiera entibiar el transcurso del tiempo cuando llegaban ellas a rebasar la edad de los ochenta años: la viuda de Valdemosa, la señora de Vellani, madame Olin y mademoiselle Roaldés le tenían un afecto lleno de frescura como en los años juveniles.

Así como muchos artistas sintieron grandes amores, para lo que todos sirven, fue mi padre el artista de las grandes amistades, cosa que sólo es patrimonio de las almas selectas, porque pocos seres alcanzan a sentir esta frase que mademoiselle Roaldés le escribió a este gran amigo suyo de muchísimos años: “Le coeur se consume dans l’amour et vit dans l’amitié”; es decir: “El corazón se consume en el amor y vive en la amistad.”

La amistad que Concepción Arenal y mi padre mantuvieron había sido un encaje tejido por esas dos almas. Sus dos grandes inteligencias tenían que comprenderse y sus dos grandes corazones tenían que penetrarse. La circunstancia de que ella, durante algún tiempo, fuese inquilina en la casa que mis mayores habían poseído en Casar de Periedo contribuyó a fortificar ese afecto mutuo.

Tuvo Concepción Arenal pocos amigos, porque solamente los quería buenos; y al contrario que mi padre, ella fue olvidada en vida y celebrada en muerte, mientras que él fue honrado en vida y olvidado en muerte.

Gallega Concepción por el hecho de que su padre, militar de carrera, se hallara en Galicia, hubiera podido ser montañesa, porque su padre, Don Antonio Arenal, tenía su casa en Armaño, pueblecito santanderino próximo a los Picos de Europa y muy cercano de Potes, lugar donde naciera mi padre, y por esta circunstancia ella solía llamarle "su paisano". Ambos, siendo jóvenes, jugaban juntos a la lotería en el hogar de los Condes de Vigo.

Aunque Concepción no hacía visitas ni las devolvía, por venirle escaso su tiempo y no poder desperdiciarlo en fórmulas sociales, mi padre era uno de los privilegiados a quienes recibía, y durante sus entrevistas ella continuaba cosiendo.

Cuando un día que mi padre fue a visitarla ella le dijo: "Ahora la escritora tiene que soltar la pluma para remendar calcetas." Esta intelectual anteponía el cumplimiento del deber y por ello se ocupó en dirigir su casa y educar a sus hijos. Durante sus entrevistas, gratuitas para ambos, a veces disentían en sus apreciaciones y D.^a Concha lo comentaba diciendo: "Jesús es un santo, pero un santo terco."

Posteriormente, cuando los intelectuales la atropellaron haciéndola imposible la vida en Madrid y negándola hasta lo que con tanta justicia ganaba, se refugió entonces en la antigua casa de mi abuela en Potes, pues mi padre, dueño ya de la finca, se la alquiló por un precio muy módico. Esta casa, de típico estilo montañés, tenía en la parte trasera una gran solana con vistas sobre los Picos de Europa, en la cual le gustaba mucho pasear, y allí pensó el *Visitador del pobre*, así como también *La beneficencia, la filantropía y la caridad*, obra que escribió en la habitación contigua de aquella donde mi padre había nacido. Viéndose en cierta ocasión Doña Concha muy apurada de dinero, mi padre, para ayudarla delicadamente, le compró el folleto que ella acababa de terminar bajo el título

El reo, el pueblo y el verdugo, cuyo manuscrito, en unión de sus cartas, conservó él, teniéndolos en cabeza de mayorazgo.

Dada la profunda amistad que unió a Concepción Arenal con Jesús de Monasterio sus nombre quedaron unidos a perpetuidad en la “salve” citada anteriormente con el título *El desconsuelo de una madre*.

Contra lo que muchos creían, Concepción, a quien llamaban *La Filósofa* en Potes, no fue una mujer estafalaria en su sabiduría ni de seco espíritu, sino una mujer llena de ternura, evidenciándolo así las cartas que escribió a mi padre y la poesía que ella le regaló cuando marchaba a Cuba su hijo menor, cuyo título declara: *A mi hijo Ramón al entregarle un pequeño crucifijo antes de marcharse a la guerra*. He aquí el texto de esta poesía:

Esa es la imagen de aquel mártir santo,
Hijo Divino del Celeste Padre,
recuerdo de tu Dios y de tu madre
que te la da al partir bañada en llanto.
Ella me dé consuelo, te dé calma
en tu azarosa, mísera existencia;
ella sirva de antorcha a tu conciencia,
de impenetrable escudo para tu alma.
Si llevas una cruz sobre tu seno
ten en el corazón la ley sublime
del que, muriendo en ella, te redime
y te enseña a ser puro y a ser bueno.
No seas tú quien execrable hermana
el vicio y la piedad; nunca, hijo mío,
imites el ejemplo del que, impío,
la imagen de su Dios lleva y profana.
Si el noble corazón purificado
no es a la vez ofrenda, altar y templo;
si la ley se escarnece y el ejemplo
del que fue por amor crucificado,
¿no es mayor impiedad, como testigo,
llamarle del furor de las pasiones?...

Dignas sean tu vida y tus acciones
de quien lleva esa cruz siempre consigo.
Que me digan de ti: «Como un hermano
fue compasivo con la pobre gente,
y supo pelear como valiente,
y supo perdonar como cristiano.»
Y decir puedas al Celeste Padre
su piedad, cuando implores, infinita:
«No profané, Señor, la cruz bendita,
recuerdos de mi Dios y de mi madre.»

Concepción Arenal falleció en el mes de febrero de 1893 y como mi padre la había querido tanto y era tan grande su interés por ella, se dirigió a la persona que la había acompañado durante su última enfermedad para que le diera noticia sobre su paso de la vida y a la muerte, y recibió una extensa carta cuyo contenido resumiré a continuación.

Doña Concha no se confesó ni le pusieron la unción, pues ella no lo pidió. La asistía una hermana de la caridad y cuando la vio tan grave le dijo a su hijo que debían prepararla. Como la monja vio que no la hacían caso, se disgustó y dijo que si la enferma no se confesase al siguiente día no habría continuado asistiéndola. Doña Concha murió aquella noche. Entonces la gente comenzó a decir que la difunta no era católica, sino protestanta, y esto y lo otro, pero yo no sé por qué, pues ella nos mandaba a misa, sin querer que la perdiéramos por nada. Hacía muchas obras de caridad y daba muchas limosnas. En fin, no era mala. Su nuera y sus nietas iban también a misa.

El entierro fue espléndido, pero no recuerdo si habían ido curas. Lo que sé es que fue todo Vigo, pobres y ricos, y todos los artistas. Pusieron colgaduras en la calle del Príncipe y desde el Gimnasio y desde algunos balcones le tiraban muchas flores.

La carta concluye así: “Esto es lo que le puede decir su servidora, *Alberta Puente.*”

IV. *Sus relaciones en el mundo musical*

Desde muy joven se granjeó mi padre una positiva reputación internacional. Sus estudios musicales en Bélgica, donde tanto habría de influir sobre su formación el operista, didáctico, investigador histórico y futuro director del Conservatorio de Bruselas Mr. F. A. Gevaert, influyeron positivamente para que el joven músico español tuviera renombre. Por eso los artistas alemanes, belgas y especialmente los de Flandes le apreciaban más que sus colegas españoles. En general, éstos no supieron agradecer los muchos beneficios que de él recibieran. Sin embargo, él no daba importancia ni a los desengaños, ni a las injusticias ni a las ingratitudes. Por eso cuando le salía un músico agradecido lo comentaba con extrañeza.

Algunos le mostraron un cariño dictado por la amistad o por la gratitud, pero de un modo especial dos zarzuelistas que brillaban entonces por todo el suelo español, a saber: Francisco Asenjo Barbieri y Miguel Marqués, cuyas dos obras más sobresalientes eran, respectivamente, *Jugar con fuego* y *El anillo de hierro*.

Mi padre y Barbieri intimaron desde jovencitos y siguieron siendo buenos amigos mientras vivieron. Al entrar yo en relaciones con el que habría de ser mi marido me dijo Barbieri: "Avísame cuando te vayas a casar, porque quiero regalarte un libro que se llama *Cabezón*, y ya verás como, a cambio de él, tu padre te dará todo cuanto le pidas."

Una vez estuve yo en Mallorca. Al saber el maestro Marqués que me hallaba en Palma fue a visitarme y me dio cuenta de sus labores artísticas. Contando las irrisorias cantidades que le habían producido popularísimas obras suyas, refirió el caso de *Primera lágrima*; la dio por cincuenta duros, que le abonaron "todos juntos", por lo cual supuso que hacía un buen negocio; y luego, según propia confesión del editor afortunado, sacaba con el importe de la venta la cantidad suficiente para pagar la contribución y su establecimiento, situado en la calle del Arenal. También me refirió con emoción profunda la imposibilidad de estrenar su primera obra hasta que mi padre la dio a conocer a los músicos de la Sociedad de Conciertos, haciéndoles creer que él era el autor, y al aplaudírsela esos mú-

sicos traspasó los aplausos a Marqués, allí presente, y la obra quedó admitida. Tras lo cual añadió: “Todo cuanto soy se lo debo a Jesús, pues sin su generosidad jamás hubiera llegado a donde llegué. Por eso cuando vivía le quise mucho y ahora que no existe bendigo su memoria.” ¡Con cuánto placer escuché yo hacer justicia a la persona que tantos otros habían ajusticiado!

Se prueba el cariño que mi padre había profesado a D. José María Esperanza y Sola al escribir el discurso de contestación cuando aquél tomó posesión como Académico de número. Fue el único discurso de esta índole que ha escrito en su vida y eso le costó un esfuerzo y una dificultad muy grandes por la debilidad de su cabeza, lo que le producía mucho tormento, lo cual debió de reflejarse en aquel discurso de bienvenida a este crítico musical.

* * *

Mi padre se había mostrado profundamente español en todo menos en una cosa, a saber: en la sincera lealtad con que siempre trató a sus rivales y adversarios. Durante su buena época de violinista el público repartía los aplausos entre él y Pablo Sarasate. Sabía éste que sus partidarios eran quienes daban la preferencia a la ejecución y que aquél era el preferido de aquellos para los cuales tenía el sentimiento la principal importancia. Eran ambos rivales a lo gran señor, libres de las mezquindades que acreditan el conocido refrán: “¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.” Como ambos eran leales, se admiraban y estimaban mutuamente.

Una noche que Sarasate vino a nuestra casa invitado a cenar, tras los postres tocaron él y mi padre uno de los *Veinte estudios artísticos de concierto para violín con acompañamiento de un segundo violín* ante el atril que el Marqués de Bogaraya, por dominar gustosamente el oficio de ebanista, había construido para obsequiar a su entrañable amigo Monasterio. Esos *Estudios* se habían adoptado como obra de texto en los conservatorios de Bruselas y de Madrid, aunque no sé si aquí se tocaron mucho, y habían sido premiados en una Exposición Universal de París. En esta

obra cada estudio ofrece una dificultad y quien llegue a dominar todos los veinte se puede llamar buen artista. Aquella noche Sarasate tocó la parte del primer violín y mi padre la del segundo, con gran entusiasmo de la familia.

Y ahora unas palabras por mi propia cuenta. Leyendo yo alguna carta dirigida a mi padre por Sarasate, y escrita en idioma francés, deduje que éste fue menos español que aquél. Esto pudiera explicar el por que Sarasate, al morir, dejara una gran fortuna, pero mi padre no.

V. *Su primer encuentro con Gounod*

No es de mi agrado traducir cartas, pues encuentro cierto parecido entre esas cartas y los melocotones recién cogidos del árbol a los que se les quita el polvo. Sin embargo haré dos excepciones: la carta que desde París recibió mi padre y la que mi padre escribió en Madrid, pues, en realidad, se trata de una narración.

La primera, fechada el 18 de noviembre de 1894 por el director de *Le Soir*, dice así en su versión castellana:

«Señor y muy honorable maestro: La Opera de París va a festejar la mil representación del *Fausto* de Gounod. ¿Querría usted con este motivo hacerme el gran honor de dedicar a Gounod algunas palabras de juicio o de recuerdo que figurarían en un artículo especial de *Le Soir* que aparecerá hacia el 10 de diciembre?»

Todas las celebridades musicales de Francia y de Europa figurarán en este álbum. El recuerdo que usted nos envíe será precioso.

Dígnese recibir, señor y muy honorable maestro, el homenaje de mi respeto y mi admiración.

J. L. Croze.»

La segunda, fechada el 7 de diciembre del mismo año, dice así:

«Señor: En contestación a vuestra carta del 18 noviembre pasado tengo el gusto de incluirle adjunto el relato de mi primera entrevista con Charles Gounod en 1852. Como ve usted mis relaciones con este ilustre maestro vienen de lejos.

Sírveme de satisfacción, como artista de corazón, el poder llevar mi piedrecita al monumento que sus compatriotas quieren levantarle ahora.
Reciba usted mi saludo afectuoso,

J. de Monasterio.»

Y el artículo que acompañó a esta respuesta de mi padre dice así en su versión castellana:

«En 1852 me encontraba yo en París. Tras un almuerzo en casa de mi excelente amigo el señor Aristide Cavallé-Coll éste me dijo: «Hoy tengo cita con un artista muy distinguido y para no separarnos propongo a usted que me acompañe, pues usted le conocerá y quedará encantado.» Acepté complacido y cuando llegamos a casa del músico el señor Cavallé-Coll me presentó diciendo: «Aquí tenéis a un joven violinista español que acaba de obtener en el Conservatorio de Bruselas el premio de honor en la clase del señor Beriot.»

«¡Qué feliz coincidencia! —respondió el compositor—. Justamente en este mismo momento he terminado una melodía para ese instrumento y yo quedaría encantado de oírsela ejecutar a usted acompañándole yo al piano. Sírvase usted tomar este violín», dijo dándome uno.

Yo obedecí sin demora y ello me proporcionó el placer de disfrutar las primicias de una obra en realidad muy pequeña por sus dimensiones, pero que ha contribuido grandemente a la popularidad de su autor.

Este no era otro que Carlos Gounod. La melodía se titulaba *Méditation pour violon, écrite sur le 1^{er} Prelude du Clavecin bien tempéré* de Bach.

Más tarde fue arreglada para diversos instrumentos, después la adaptaron las palabras latinas de la salutación a la Virgen y vino a ser entonces el *Ave María de Gounod*, cuya celebridad sigue siendo universal.

Ahora que todo el mundo se reúne para celebrar la gloria de Gounod yo me considero feliz de pagar mi tributo de admiración hacia el ilustre autor de *Fausto*, estrella de primera magnitud en la esfera del arte lírico dramático contemporáneo, y contar un episodio del cual conservo siempre el recuerdo más agradable y halagador.

J. de Monasterio.

Director del Conservatorio Nacional de Música en Madrid.»

* * *

Aunque esta anécdota histórica es bastante conocida se recoge aquí por ofrecer algunos detalles dignos de recordación.

VI. *Su afición a las artes plásticas*

Cuando estudiaba en un colegio de Bruselas mi padre los profesores dijeron a su tutor que aquel muchacho mostraba tantas aptitudes para el dibujo como para la música. El conservaba con sumo cariño la primera obra suya de aquella naturaleza; y seguramente se decidió por la música dada la gran atención que para él tenía todo cuanto representara sentimiento. Solía repetir que los pintores eran primos hermanos de los músicos y que los médicos eran sus primos segundos.

Siempre se interesó por la pintura y nuestros grandes pintores le consideraban juez muy competente en esa materia. Merced a su trato con los artistas del pincel en su sala se podían ver obras de Madrazo, Garnelo, Menéndez Pidal, Häes, Martínez Cubells, Casimiro Saiz, Ruiz Luna, Salces y Pombo. Todos se las regalaban en prueba de buena amistad y gran afecto.

Todos menos su íntimo amigo Francisco Pradilla, y referiré la causa. Cierta día que visitamos él y yo su estudio de la calle de Rosales aquel excelso pintor le dijo: "Don Jesús, registre usted bien toda la casa y llévese lo que más le guste." Mi padre, al acabar de recorrer el estudio, terminó diciendo con sinceridad: "Pues no me gusta nada, porque en estas cosas no le encuentro a usted hoy tal como yo le veo", a lo que Pradilla repuso: "Pues dejémoslo para otro día en que será usted más afortunado." Luego murió aquel pintor y mi padre se lamentaba mil veces de su anterior desacierto.

Desde que yo era jovencita mi padre se complacía mucho en llevarme a los estudios de sus amigos y para mí era un gran placer acompañarle a estas visitas.

Recuerdo una que hicimos en la plaza de la Libertad, donde sólo había tres sillas, una guitarra y algún otro trasto; y también recuerdo que allí dijo mi padre al joven Sorolla, llegado muy poco antes a Madrid procedente de Valencia: "Para pintar bien es insuficiente el solo talento, por ser indispensable pintar y borrar mucho."

¡Qué buenos ratos pasábamos en el estudio de Garnelito, como llamaba a Garnelo mi padre! Muy modesto este joven pintor, adornaba esa juven-

tud con sana alegría. Allí Pepe tocaba la guitarra a veces para que sus hermanas bailasen sevillanas muy airosamente; a todos nos calmaban la sed las cañitas del dorado vino que desde Montilla enviaba su padre a Garnelito, y allí gozaba mi padre como un muchacho más.

También han quedado grabadas en mi memoria las espléndidas palmeras del estudio de Häes y lo bonito que estaba el estudio de nuestro vecino Llardy.

Un día D. Federico de Madrazo le dijo a mi padre: "Deseo hacer un retrato de usted y de su stradivarius." Mi padre no se lo hizo repetir. Pronto principiaron las sesiones, que se desarrollarían de la siguiente forma. Tocaba mi padre una pieza, elegida entre las predilectas de Don Federico. Al concluir de ejecutarla e iniciar el descanso el pintor le decía: "Ahora no se mueva usted", y entonces le tocaba el turno de su trabajo. Así salió una obra primorosa de verdad. Y una vez concluida exclamó: "Este es el retrato que he firmado con más gusto."

A fines de 1898 el Círculo de Bellas Artes organizó una exposición de obras debidas al pincel del malogrado Sainz. Solicitó que también contribuyera al homenaje mi padre y éste mandó tres obritas en honor de aquel "insigne paisano suyo tan genial como desventurado".

También la escultura interesó mucho a mi padre. Por eso, hallándose una vez en Sevilla, visitó el Alcázar para ofrecer sus respetos a la Reina. En la espera de ser recibido contemplaba los adornos de la estancia y admiró una figurilla firmada sin que ni de nombre conociese a su autor. Un ujier le informó que la había hecho un joven sevillano hijo de un tonelero. No descansó mi padre hasta dar con aquel escultor, y lo conoció tocando la guitarra entre los toneles de su padre. Al punto se inició una inquebrantable amistad con aquel muchacho a quien más tarde unos paisanos suyos llamarían "el poeta del cincel" y otros "el Bécquer de la escultura". En su entusiasmo por Susillo, lo ensalzó sin cesar y contribuyó a que la Academia le concediese una plaza de pensionado en Roma.

De esta amistad dan referencias las cartas cruzadas entre ambos. La permanente gratitud de aquel desventurado escultor quedó testimoniada en un precioso San Francisco, modelado en barro por él, que nos trajo

una mañana personalmente. Cuando este obsequio pasó de sus manos agradecidas a las de mi bondadoso padre, éste recibió con emoción esa prueba de cariño.

Contestada en 20 Diciembre ^{de 1898} dicién-
dole que yo poseía dos cuadritos al óleo
y un estudio al lápiz de Casimiro
Sainz, y que con verdadera satisfac-
ción enviaría ambos a tres obritas
para que figurasen en la Exposición
organizada por el "Círculo de Be-
llas Artes" en honor de aquel pintor,
mi insigne paisano tan genial cuanto
desventurado.

Un autógrafo de D. Jesús de Monasterio.

VII. Sus labores ante la Sociedad de Cuartetos

En realidad la Sociedad de Cuartetos nació por los años 1860-62 en la calle de Cañizares, junto al oratorio del Olivar, pues allí se reunían una vez por semana, en las primeras horas de la noche, algunas familias aficionadas a los grandes maestros clásicos, en el hogar de D. Juan Gualberto González, quien, además de ser gran entusiasta, era tañedor de viola, y quería tanto a mi padre que le regaló un magnífico stradivarius.

Como el generoso corazón de mi padre se avenía mal con que tan reducido número de personas saboreasen las exquisiteces musicales, se propuso poner la música de cámara al servicio de quienes en Madrid quisieran aprovecharse de tales delicias, y la Sociedad de Cuartetos se inauguró modestamente el 1 de febrero de 1863 en un saloncito del Conservatorio. A D. Basilio Montoya, que era el tutor de mi padre, rodearon allí D. Hilarión Eslava y sus discípulos predilectos. Formaban otro grupo Barbieri, Arnao, Incenga, Alonso y Sanjurjo, Luis Navarro, Sofía Vela, Morphy, Adolfo Quesada, el General Ibarra y Aureliano Beruete. No lejos estaban el representante de Inglaterra, Míster Layard, los príncipes Wolkonsk, el embajador de Rusia y su secretario, el ministro de Holanda y otros diplomáticos de menor categoría, pero no de menor entusiasmo musical. Huelga añadir la presencia de la Infanta D.^a Isabel, por cuanto dicha señora siempre estuvo donde había que honrar a España y favorecer a algún artista español.

En la interpretación de cuartetos mi padre ponía siempre el alma para tocar, el corazón para sentir y la voluntad para luchar lo indecible, mas no ponía nunca el menor interés comercial. Después de un gran trabajo, el primer año de aquellas actuaciones se conformó con una ganancia de 781 reales, percibiendo igual cantidad cada uno de sus tres compañeros, sobre los cuales no recaían ni la dirección ni la responsabilidad.

Empezaba él luchando consigo mismo, pues, acostado con frecuencia por sus grandes dolores de estómago, mi madre le decía: “Ya es la hora”, “Vístete” o “Suspende la sesión”; y él se levantaba inmediatamente, olvidando sus padecimientos, para volver a recordarlos tras el concierto, que le dejaba extenuado.

Tuvo que lidiar con sus compañeros si éstos se negaban a tocar ciertas obras cuando éstas eran de las que no gustaban; y al imponer su voluntad, por inspirar sumo respeto, se salía con la suya, fiel a la norma que solía repetir: “Nuestra misión no es cosechar aplausos, sino educar el gusto del auditorio.” Y también luchaba con tesón ante aquellas personas refractarias a ciertas novedades.

Siendo muy pronto insuficiente el local del Conservatorio, la Sociedad de Cuartetos —compuesta entonces por mi padre, Rafael Pérez, Lanuza y Castellanos, sucediendo luego a estos dos últimos Tomás Lestán y Víctor Mirecki— se trasladó al Salón Romero, que más tarde sería Teatro Cómico, conservando el sello de intimidad que tanto le gustaba a mi padre. Contaba con un público poco numeroso, pero muy entendido. No había acomodadores ni estaban numeradas las sillas, mas bien pronto cada una representaba un puesto inamovible, pues en aquel ambiente familiar siempre ocupaban todos el mismo sitio. Como cada uno hacía comentarios con los oyentes más próximos, terminaban haciéndose amigos los que no se conocían al empezar la temporada.

En la primera fila, detrás de la Infanta D.^a Isabel, se colocaba D. Salvador Albacete, persona tan aficionada a la música como anhelosa de oírla. Cuando empezó su última enfermedad seguía asistiendo a las sesiones, pero a veces se dormía sin poder evitarlo. Un indiscreto filarmónico le dijo cierto día: “Pero, D. Salvador, ¿cómo puede usted dormirse escuchando esta música tan sublime?”, a lo cual repuso él: “Si no me duermo. Es que los reflejos de la sortija de Mirecki me marean y cierro los ojos.”

En aquellas sesiones se guardaba un silencio casi religioso. Mientras se tocaba nadie entraba ni salía y allí las señoras no se ocupaban de trajes, a lo que también Dios había contribuido por escuchar el ruego que tantas veces le hacía mi padre al decir: “Señor, libra a mis cuartetos que se pongan de moda.” Porque él no quería tener ese público indiferente y compuesto —según su frase típica— de “elegantes de oficio”.

Barbieri llegó a decir que allí se interpretaban las obras clásicas del modo más perfecto que cabe en lo humano y que se acerca a lo divino, y había que felicitar a Monasterio por su forma de ensayarlas y dirigir las, marcándolas con una expresión muy suya, donde revelaban su talento de artista y sus excelentes cualidades personales. Y añadió que si Monasterio, como hombre, es bueno y posee un corazón dulce, amable y ardentemente apasionado, como artista no es simplemente un gran tañedor de violín, sino un compositor de genio y de exquisito buen gusto, amaestrado

en las mejores escuelas; por eso con su violín tiene el secreto de hacer brotar lágrimas al auditorio y por eso él mismo se conmueve tanto.

Al fundarse la Sociedad de Cuartetos si el piano tenía que intervenir indispensablemente contó con Juan Guelbenzu, al cual ha denominado Barbieri “el primero de los pianistas españoles”. Nadie se identificó tanto como él para tocar con mi padre. Parecían dos corazones que latiesen al unísono, y ambos juntos, con el dominio sobre sus instrumentos respectivos, dieron lugar a que fuera oída primero con respeto y después con admiración la música clásica alemana, desconocida antes. Muerto aquél, ocupó su puesto el eminente D. José Tragó, a quien más tarde arrebataría la muerte también, lo mismo que a todos los artistas que habían constituido aquella Sociedad, cuyo repertorio tenía por apoyo los encajes de Haydn y Mozart y las joyas de Beethoven, sin perjuicio de estrenar para los *gourmets* musicales ciertas obras novísimas por atrevidas que fuesen.

VIII. *Sus albores ante la Sociedad de Conciertos*

Del capullo de seda de los Cuartetos fundados por mi padre salió la mariposa de los Conciertos cuando él empuñó la batuta para ponerse al frente de los mismos. ¡Qué gran contraste formaba la intimidad de los unos, tan recogidos y modestos, y el éxito, brillante y atronador, de los otros! Para oír aquella orquesta resultaba pequeño el local del Príncipe Alfonso, no obstante ser muy amplio, y allí suplicaban localidades algunas personas tan encumbradas en la vida política o en el mundo social como D. Emilio Castelar, D. Antonio Cánovas del Castillo y el Duque de Fernán Núñez, entre otras muchas. Algunos compararon la Sociedad de Conciertos con una catedral del Arte y la Sociedad de Cuartetos con una capillita recogida y devota en cuyo local se elevaban muy fácilmente las almas a Dios.

Como sucesor de D. Joaquín Gaztambide dirigió mi padre aquella orquesta durante siete años, es decir, desde abril de 1869 hasta mayo de 1876, logrando con los instrumentos de cuerda efectos de sorprendente

novedad, porque, según sus palabras, tocaba con placer la música de Haydn, con entusiasmo la de Beethoven, con pena en el corazón la de Mozart y con pasión la de Mendelssohn. Dio a conocer obras de Bach, Schubert, Weber, Schumann, Gounod, Gevaert Gade, Rubinstein y otras de los compositores nacionales Bretón, Zubiaurre, Marqués, Ledesma, Juarranz, Obiols, Espino, Casaritzjana, la prometidora señorita Soledad Bengoechea y otros músicos más. Comentó Peña y Goñi todo ello. En parte por afición verdadera y en parte por moda no interrumpida, y según una nota escrita por mi padre, hubo más de 3.800 personas en el local.

No pocos músicos se portaron mal con mi padre. Hubo quienes no sabían apreciar sus méritos y asimismo hubo quienes se mostraban injustos y desagradecidos con él, demostrándolo así los de esta Sociedad de Conciertos, donde su talento como director era tan grande como su ímprobo trabajo y su constante abnegación.

En el año 1875 los músicos integrantes de aquella orquesta, ante el éxito que mi padre había logrado imprimir a la misma, pensaron dar un concierto a beneficio suyo, pero hubo una imperdonable desaficación, y se comprende la pena y la indignación de mi padre cuando leyó en el programa de mano las siguientes palabras: "Teatro y Circo del Príncipe Alfonso... Concierto extraordinario y último de la presente temporada el domingo 18 de abril, a las dos en punto de la tarde, cuyo producto se destina a las señoras viudas de los militares fusilados en Olot y al Director de la Sociedad, Sr. Monasterio." Ese programa incluyó, entre otras obras, *La Pastoral* de Beethoven, sendas oberturas de Meyerbeer y de Nicolai y el *Estudio de concierto en si bemol* escrito por el propio Monasterio para arpas, óboe, trompa y todos los instrumentos de cuerda.

Una semana antes de aquel concierto memorable había dado Monasterio otro en verdad singular por el programa en sí y por su nota preliminar, donde se declaraba la preferencia de aquella Sociedad por contribuir mediante cuantos medios estuvieran a su alcance a propagar y elevar el arte músico español, y ahora cerraba el abono de aquella temporada integrando su programa exclusivamente con obras originales de autores españoles que habían merecido los honores de la repetición. Esas

obras fueron las siguientes: la obertura *Sybille*, de S. Bengoechea; el scherzo de la *Sinfonía en mi*, de Zubiaurre, y la obertura *Concepción*, de Balart, en la primera parte; la *Sinfonía en mi bemol*, de Marqués, en la segunda, y la obertura de *El primer día feliz*, de Caballero; la serenata *Al pie de la reja*, de Carrera, y la *Marcha rusa*, de Casamitjana, en la tercera. En tan grata sesión se repitieron las piezas de Zubiaurre, de Carreras y dos tiempos de la sinfonía de Marqués.

Tanto la variedad selectiva del repertorio interpretado entonces por la Sociedad de Conciertos como el fervor despertado por aquella batuta se patentizan por la portada de una transcripción pianística de la *Obertura de "La caza del joven Enrique"*, la gustadísima ópera de Méhul, impresa por la editorial de B. Eslava, el hermano del maestro D. Hilarión. Esa portada dice así:

«Obras célebres. Sociedad de Conciertos, dirigida por el gran artista Don Jesús de Monasterio. Ediciones de piano:

- GOUNOD: *Danza de las «Bacantes»*.
- WALLACE: *Maritana*.
- WINDSOR: *Obertura de «Las alegres comadres»*.
- WALLACE: *Obertura de «Lorelei»*.
- HAYDN: *Andante del «Cuarteto en re menor»*.
- THOMAS: *Obertura de «Mignon»*.
- THOMAS: *Obertura de «Raymond»*.
- MERCADANTE: *Sinfonía del «Regente»*.
- MOZART: *Marcha turca*.
- ADAM: *Obertura de «La Giralda»*.
- HAYDN: *Sinfonía militar*.
- AUBER: *Obertura de la «Part du diable»*,
- MENDELSSOHN: *Canzoneta del «Cuarteto»*, ob. 12.
- VILBAC: *Obertura de «La caza del joven Enrique»*.

Todo lo expuesto refleja las tenaces labores de aquel excelente músico al frente de aquella Sociedad de Conciertos.

Ordenó mi padre que lo recaudado en ese concierto benéfico se distribuyera en dos partes iguales, de acuerdo con lo que había anunciado

el insólito programa, el cual rezaba así: “Concierto a beneficio de Monasterio y de las viudas de los militares fusilados en Olot.” Por ser mi padre músico de profesión, más también señor de nacimiento, silenció hallarse herido por tal grosería, limitándose a dar una lección de gran artista en aquel trance, pues una vez aceptado lo que le correspondía en el reparto del beneficio lo distribuyó entre diez socios pobres, tocando un poquito más de mil reales a cada uno. Como aún sobrasen treinta y tres céntimos, con esa ínfima cantidad y lo que añadió él de su propio bolsillo dio un espléndido banquete a los individuos de la orquesta y finalizado el ágape obsequió con un retrato suyo a cada comensal para que así tuviesen todos un recuerdo del director y de su venganza.

Ante aquella inexplicable conducta cabe preguntar si dimitiría mi padre del cargo de director basándose en su precaria salud o pensando que sería una cosa muy seria la música sobre todo sin músicos. Y cuando comunicó a la Sociedad el reparto hecho por él de los 10.042 reales con 33 céntimos correspondientes a su beneficio personal escribió la declaración siguiente: “Faltaría a la justicia si no reconociese que la Sociedad ha tenido conmigo atenciones que agradezco en su valor y que nunca olvidaré, pero tampoco es menos cierto que en este último año he tenido la ocasión de presenciar ciertos hechos bien poco satisfactorios para mí.”

IX. *Sus actividades en el Conservatorio*

Durante muchos años mi padre fue catedrático en el Conservatorio madrileño. Primero en su clase de violín y mucho después en la clase de perfeccionamiento creada para él.

En su clase de violín había trabajado mucho, no siendo posible sacar partido de ciertos alumnos. Hablando un día con Arrieta le dijo éste: “Nosotros vamos más allá de lo que mandan las obras de misericordia, pues no enseñamos tan sólo al que no sabe, sino al que no quiere aprender”, a lo cual mi padre repuso: “Y a menudo el padre que tiene un

hijo muy torpe suele expresarse así: 'Como el chico no sirve para nada, lo dedicaremos a la música'." Pero también tuvo allí discípulos tan excelentes como Enrique Fernández Arbós, futuro director de la Orquesta Sinfónica, y Antonio Fernández Bordas, futuro director de aquel establecimiento docente.

Después le llenaba de gusto la clase de perfeccionamiento, donde contó con discípulos que habrían de sobresalir posteriormente, como Julio Casares, futuro Secretario de la Real Academia Española, y Pablo Casals, el más sobresaliente de todos los violonchelistas en el mundo. Y más de una vez le dijo a mi madre: "Gozo tanto en esta clase que en vez de cobrar debería pagar por asistir a la misma."

Los honores no le impresionaban mucho, sin duda por estar acostumbrado a recibirlos; pero el nombramiento de Director del Conservatorio, que le entregó personalmente la Reina D.^a Cristina, le produjo un intenso placer. Al ocupar tan elevado puesto se propuso cortar muchos abusos, elevar el arte en España utilizando los conocimientos adquiridos en sus viajes por varios países extranjeros y favorecer a los músicos poniendo aquel entusiasmo proverbial en él. Sin embargo tales deseos acabarían en ilusiones destinadas a desvanecerse. El no quería ser un director constitucional, es decir, nombrado para reinar sin gobernar, sino un director que gobernase de veras y para gobernar atento a la justicia y sin ceder ante la imposición de autoridades más poderosas. Bueno que como artista divirtiese a veces a otros, pero no podía consentir que se divirtieran a costa suya. Y para no someterse presentó su dimisión definitiva. ¿La causa de tal determinación? Fue la siguiente:

Vio un día, en la *Gaceta de Madrid*, una injusta disposición en virtud de la cual se favorecía a un determinado personaje en perjuicio del profesorado de aquel centro docente. Y por tener una clase de dignidad que los poderosos suelen confundir con el orgullo—pues era humilde con su persona y altivo con su autoridad— ante aquella desconsideración y aquel atropello exclamó: "¡Bien! El ministro ha podido hacerlo por ser ministro, pero yo puedo abstenerme de apadrinar tamaña barbaridad marchándome a mi casa." Y así lo hizo.

Había recibido muchas felicitaciones de sus amigos al ser nombrado director y también recibió no pocas ante aquel enérgico proceder.

El ministro le dirigió las más lisonjeras frases para que desistiera de su decisión, añadiendo: “No puede ser que deje usted ese cargo definitivamente, pues ¿quién va a ser director del Conservatorio después de usted?”, a lo cual mi padre contestó: “Cualquiera que valga tanto o más o menos que yo, pues estoy firmemente resuelto a abandonarlo.” Como le dijo que hablaría con Linares Rivas aquella misma noche para intentar un arreglo del asunto, mi padre le replicó: “Esto no tiene arreglo ya”, aunque terminó agradeciéndole mucho tan buenos deseos.

Tan digno gesto obtuvo acres censuras de no pocos. Algún diario principal dijo que eso no era tocar el violín, sino el violón. Algunos profesores del Conservatorio creyeron que aquella disposición ministerial se había dictado de acuerdo con mi padre; y como tardara mucho el ministro en aceptar la dimisión, hicieron a mi padre la injuria de admitir que no había tal dimisión, por tratarse tan sólo de una comedia mal representada. Habían pasado los tiempos en que D. Hilarión Eslava dijo a mi padre: “Dudo a veces de si realmente vales tanto como la gente y yo creemos porque nadie habla mal de ti.”

Entre tanto le avalaban como catedrático sus mejores discípulos, a quienes había inculcado su sello personal, por lo que, hallándose una vez en París la Infanta D.^a Isabel, oyó en un concierto a cierto violinista que no conocía y lo juzgó así: “Este muchacho tiene que ser discípulo de Monasterio.” Y lo era efectivamente.

La tranquilidad del deber cumplido no bastó con la conciencia de mi padre para consolarse de su fracaso y desde entonces se volvió francamente triste su carácter melancólico. Al percibir yo el hondo pesar de su mirada le pregunté alguna vez si le pasaba algo, respondiéndome: “No, hija, sino que la vida es triste cuando ya no se desea nada.”

Entonces, por pura distracción, se puso a transcribir antiguos libros de vihuela escritos en cifra. Algo más tarde le visitó un antiguo amigo y le inculcó la afición a la fotografía, lo cual acabaría siendo una verdadera pasión para él, e incluso alcanzó en Madrid un premio por una fotografía

que había hecho él mismo. Y otro gran amigo me llegó a preguntar si mi padre había sentido mayor gozo al obtener un premio de honor en violín, cuando estudiaba en el Conservatorio de Bruselas, que ahora con ese premio madrileño como fotógrafo.

X. *Su vejez y su defunción*

Pasábamos los tres meses de calor en la casa veraniega que poseía mi abuela materna en aquel pueblo de la provincia santanderina denominado Casar de Periedo. Durante un mes, entonces, estaba en Potes mi padre para acompañar a su desventurada hermana Anita, la cual sin marido, sin la hija que había visto morir a los doce años de edad y sin fortuna, porque entonces no regían las leyes en pro de las viudas, se había ido a vivir, en compañía de su tristeza, a esa casa de mi padre que antes habitó la inolvidable amiga Concepción Arenal.

A dos kilómetros de nuestra vivienda de Casar se había alzado el monasterio de la Virgen de la Peña, edificado en las rocas y al margen del río. A él íbamos mi padre y yo todas las tardes durante el estío, rezábamos una salve y después de saludar a la Virgen regresábamos a casa. Cuando a veces, por habernos retrasado en salir o por haber descansado más tiempo del habitual sentados en el poyo de piedra que rodea el santuario, se nos hacía demasiado tarde volvíamos casi de noche semialumbrados por el gusanito de luz que mi padre colocó en el ala de su sombrero.

Siempre durmieron mis padres en la terraza de la casa familiar y allí pasaba él todo el día; primero dedicándose al ejercicio con su violín, después entregado gustosamente a la transcripción de libros musicales del siglo XVI y finalmente meditando a solas. ¡Qué bien armonizaba el estado de su espíritu con el cielo gris montañés, con la suavidad del clima, con el melancólico tono de sus cantares e incluso con el estridente grito que dicen ser de origen celta y que nunca escuchaba él sin impresionarse!...

Cuando necesitaban descansar su mano, su cabeza o su corazón lo obtenía él acodado en el alféizar de la ventana para contemplar los tupidos maizales y las grises montañas o bien reposaba asomado a un balcón y teniendo por compañía las rosas de té que subían hasta allí primero para escucharle y después para darle guardia de honor.

Por ser mi padre profundo cristiano rezaba el rosario diariamente, oía misa ayudándola por lo general y comulgaba todos los meses del año el día 30 porque en 30 había muerto su madre. Y así serenamente, con la tristeza que siempre le acompañaba y con su resignación ante todos los sufrimientos corporales, pasó días, semanas y meses sin perder la serenidad.

El día 28 de septiembre de 1903 vio llegar la mañana por última vez y entregó su alma a Dios como los justos, ofreciendo al Altísimo los dolores de su cuerpo y de su corazón.

También para morir quiso ser artista, huyendo de los vulgares entierros de Madrid; y aun después de muerto demostró su religiosidad, pues, según su deseo, se le amortajó con el hábito carmelitano. Lo bajaron de la hogareña torre a la capilla y su cadáver estuvo a los pies de la Virgen del Carmen hasta que lo llevaron al sepulcro. Durante su entierro, concurridísimo, hubo mucho calor en la concurrencia y la frialdad sólo estuvo en el difunto. No hubo coronas, discursos ni acompañamiento de gentes encopetadas; pero sí muchos pobres que llevaban el dolor de haber perdido a un padre, muchas lágrimas que bajaban de los ojos a la tierra y muchas preces que subían desde los corazones al cielo.

Aunque reclamó su cadáver Santander, para colocarlo en el panteón de montañeses ilustres, por conocer mi madre los humildes gustos del esposo no lo consintió.

Habiendo olvidado pronto los músicos a Jesús de Monasterio, no rindieron ningún homenaje a su memoria; ni tampoco se lo rindió el Conservatorio, y eso que él había hecho tantísimo por ese centro docente. Pero la Iglesia sí que se cuidó de rendirle uno valiosísimo por lo poco prodigado, porque el modesto párroco de Casar de Periedo pidió espontáneamente al Obispo de la diócesis de Santander que aquellos restos mortales

pasaran del cementerio donde se los sepultó a su iglesia parroquial, y quedaron sepultados allí, como él lo hubiera escogido para estar más cerca de Dios y en el suelo de la tierra que había amado tantísimo.

¿Después?... La casa donde morábamos en la calle de San Quintín, próxima al Palacio Real, pertenecía a un ex ministro de la Corona por aquellos tiempos en que ni siquiera se sospechaba que la cultura pudiera ser algo accesorio en un ministro, y tras la muerte de mi padre no consentió que se colocase allí la lápida conmemorativa que a su memoria dedicó la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, porque aquello *estropearía* la fachada. Menos mal que la dueña de la casa a donde nos trasladamos luego demostró —acaso con visión del porvenir— que la cultura no era un patrimonio exclusivo de muchos ministros del Reino y consideró como un honor el *estropeamiento* de su finca, pues como la vida está llena de contrastes patentes, aquella dama, sabiendo el gran valor del Arte y la importancia de los artistas, rindió ese homenaje que nos llenaría de gratitud.

Epílogo

Ahora, para finalizar estos “Apuntes biográficos”, presentaré una relación de las transcripciones de música antigua realizadas por D. Jesús de Monasterio en la torre de su finca de aquel Casar de Periedo montañés. Son las siguientes:

Libro de música de vihuela de mano intitulado “El Maestro”, por Luys Milán, 1535.

Los seys libros del Delphin, por Luys Narbáez, año 1538.

Tres libros de música en cifras para vihuela, por Alonso Mudarra, 1546.

Intabolatura de Lauto, di Francesco da Milano (¿libro primo, Venetia, 1546?)

Libro de música de vihuela intitulado “Silva de Sirenas”, por Enríquez de Valderrávano, año 1547.

Libro de música de vihuela, por Diego Pisador, año 1552.

- Libro de música para vihuela intitulado "Orphenica lyra",* por Miguel de Fuenllana, 1554.
- Declaración de instrumentos musicales,* por Fray Juan Bermudo, año 1555.
- Libro de cifra nueva para tecla, harpa y vihuela,* por Luys Venegas de Henestrosa, 1557.
- Libro de música en cifras para vihuela intitulado "El Parnasso",* por Esteban Daça, 1576. Abecedario italiano (puntos por cifra).
- Obras de música para tecla, harpa y vihuela,* por Antonio de Cabeçon, año de 1578.
- Fuga á quatro todas las bocas por una: sexto tono,* por Antonio de Cabeçon, año 1578.
- Libro de tientos,* por Francisco Correa Arauxo. Alcalá de Henares, año 1626.
- Instrucción de música sobre la guitarra española,* por Gaspar Sanz. Zaragoza, 1674-97.
- Poema harmónico, compuesto de varias cifras por el temple de la guitarra española,* por D. Francisco Guerau (Madrid, año 1694).
- Compendio de zifras armónicas,* por D. Diego Fernández de Huete. Primera parte 1702 y segunda 1704.